



G-F 15484



M. Sr. D. Fernando de Gabriel <sup>180-AM</sup>  
y Ruiz de Apodaca

DG

A

su oficio.

C. J. Placer

ANA DE LA-GRANGE.

+ 172144  
C 1243364  
R 20367



ANA  
DE LA-GRANGE.

RÁSGO BIOGRÁFICO

POR

CÁRLOS JIMENEZ PLACER.



—SEVILLA:—

Imprenta y Litografía: Librería Española y Extranjera de D. José  
M. Geofrin, Impresor honorario de Cámara de S. M.  
Sierpes, 35. — 1866.



## ANA DE LA-GRANGE.

### I.

**N**o es gruesa ni delgada. Es alta, esbelta, tiene un aire distinguido y viste con suma elegancia.

Su fisonomía es algo pálida y oval, su nariz correcta, sus labios delgados, sus abundantes cabellos castaños, sus ojos garzos y rubias sus pestañas.

Dé niña debió parecer su cabeza la cabeza de un ángel, por su mirar dulce y tranquilo, la belleza de su expresión y sus rizas y sedosas trenzas, brillantes como el oro.

Su tersa y ancha frente revela el génio.

Su trato amable y su conversacion amena y

discreta, descubren su noble origen y una educación privilegiada.

Ana de La-Grange es uno de esos seres, de cuyo semblante puede decirse con verdad que es un limpio y claro espejo donde refractan con una lucidez portentosa todas las impresiones del alma. Siente una desgracia, y en sus mejillas aparecen las lágrimas. Oye ó presencia un hecho grande, heróico, y el mismo recogimiento solemne del espíritu se nota en su mirada severa, filosófica, profunda. Unge el dedo de Dios su mente con el sagrado erhisma de la inspiracion, y su alma se dilata exhalándose en suspiros de dulce, deliciosa y conmovedora armonía.

Como corazon es una muger magnífica.

Como artista no tiene propiamente rival. Es una de esas dotadas mugeres que estudiando la estatuaria adivinan por sus posiciones el resto de la estética de accion de los grandes tipos históricos y populares.

Madama de La-Grange y Madama Ristori, entre quienes nos parece encontrar cierta analogía, debieron nacer en los tiempos de Talma y Maiquez, ó haber alcanzado á nuestro célebre Latorre, último vástago de la gran generacion trágica del siglo XVIII.



## II.

Ana de La-Grange llamaba á las puertas de la vida, en París, la noche del 23 de Julio de 1830; y en ocasion de hallarse su madre en el teatro. Salió esta, abandonando el espectáculo al sentir los primeros dolores; subió á un carruage, y partió hácia la *rue Neuve des Capucines*, parando ante la verja que rodeaba el parterre de una gran casa.

Allí vivian los padres de Ana.

Pasaron las horas de aquella noche entre la duda y la esperanza, y al nacer el sol del nuevo dia nació Ana.

## III.

Tres dias despues, de cada boca-calle de París brotaban masas de hombres armados, señales evidentes de la gran revolucion, preparada para arrojar del trono á la rama primogénita de los Borbones.

En la literatura y las artes se verificaba otra revolucion.

Las antiguas obras que aspiraban solo á exaltar la fantasía del pueblo con invenciones, en general ridículas, cedian su puesto al romanticis-

mo, cuya aurora anunciaban Chateaubriand, Victor Hugo y Lamartine.

En el teatro de la Ópera se arrojaban tambien proyectiles contra los ensayos de Rossini.

Corria el tiempo.

Tras los banquetes de los reformistas se preparaba la república.

El romanticismo gozaba del dominio pleno en el drama y en la novela.

Rossini habia sido rehabilitado.

Los mismos que mas sañudos se mostráran con él en el estreno del *Barbero de Sevilla* le acompañaban desde su lecho á la escena, y le coronaban.

Bellini, Donizetti, Mayerbeer y Mercadante habian ya difundido por el mundo sus inspiradas armonías. Y mientras la política recorría una vida de azares, las letras vencian en el período de transicion, entrando de lleno en el sentimentalismo: la música se asentaba tranquila sobre el fuerte pedestal levantado por aquellos maestros.

#### IV.

Mr. Charles de La-Grange gozaba en la capital de Francia de una regular fortuna.

El cariño de su esposa, el amor entrañable que profesaba á su pequeña hija, y la aficion en-

tusiasta que tenía á la música, puede decirse que eran los únicos afectos que dilataban su alma, que la llenaban, y que ocupaban su vida.

Un día en cada semana, solía tener *soirée*, ó conciertos, á los que concurrían todos sus amigos, literatos, pintores, arquitectos, y de entre ese mundo filarmónico la Malibrán, la Pasta, Rubini, Paganini, Talberg, Listz y otras celebridades.

Contaría entonces la niña Ana nueve primaveras.

El reputado maestro Stamaty la enseñaba ya el piano, en cuyo estudio mostraba unas disposiciones felicísimas.

Una tarde, Bordogni, que entraba á visitar á Mr. de La-Grange, oyó al cruzar por las calles de flores en que se dividía el parterre, una voz fresca, pura, dulcemente armoniosa, que cantaba uno de esos aires populares llenos de inspiracion y sentimiento, del país.

Bordogni se paró: levantó la cabeza hácia el sitio de donde parecia partir aquella voz, aquel eco melodioso y bello en toda la acepcion de la frase, y vió á Ana, sentada en el alfeizar de uno de los balcones de la fachada al que subia apoyado en las molduras del muro un verde y florido rosal, entretenida cuidando cariñosa un pintado gilguerillo, que saltaba aleteando de gratitud dentro de su dorada cárcel.

Bordogni la quitó el sombrero y la saludó desde abajo con una sonrisa.

Cuando subió, y despues de haber estrechado la mano del padre, la dijo:

—*Mlle'jetez votre piano par la fenetre, et ne vous occupez que du chant: il vous conduira á la plus belle renommee ainsi qu' á la fortune.*

Escuchó este consejo la niña con la emocion de un placer infinito, de una alegría radiosa. Miró al autor de sus dias, y aguardó su consentimiento.

—¿Quisiérais ser su maestro, Sr. Bordogni? preguntó el padre.

—Me honraría en ello, contestó el músico.

Y desde aquel dia el estudio del canto fué la única ocupacion de Ana.

Pasaron algunos meses, y la bella jóven, dotada de la mas rara facilidad en la vocalizacion, no solo respondia á los deseos todos del maestro, sino que sobrepujaba sus esperanzas.

El conde de Castellane era por su educacion y sus instintos una escepcion honrosa de esa clase gerárquica de añejos pergaminos. Amante del saber y leal protector de los hombres de valía por sus talentos, conoció á Flotow, jóven é inspirado compositor, que se hallaba en la aurora de su carrera, cuando habia recién terminado la ópera *La Duquesa de Guisa*.

El noble hizo construir en su casa, en el *faubourg Saint-Honoré*, un teatro. Invitó á los mejores aficionados de la aristocracia parisiense, y trató por este medio de popularizar á Flotow.

Más exigiendo la partitura una gran vocalista para el desempeño del papel principal, el autor y el conde de Castellane, que tenían noticias del mérito de la jóven Ana, fueron á suplicar á Mr. Charles de La-Grange, que consintiera en dejar cantar á su hija el papel de *La Duquesa*.

Accedió este, y el triunfo primero de la señorita de La-Grange fué la ópera de Flotow. Cuando terminó, y despues de haber recibido los unánimes aplausos de aquella sociedad brillante, el padre fué á verla enternecido, la estrechó contra su pecho, y la besó en la frente. Su madre lloraba y era feliz.

Bordogni estaba admirado ante aquel don del cielo, ante el influjo de su enseñanza.

Donizzetti y Lablache la felicitaron á su vez, impulsándola con frases conmovidas y afectuosas á que siguiera la senda del teatro, espinosa para las mas, pero que tan abierta y desembarazada se mostraba ante ella, y que tantos y tan gloriosos laureles la ofrecía. Incitaron al padre á que la llevase á Italia, le ofrecieron sus recomendaciones, y lograron al cabo que se resolviese.

Ana de La-Grange partió para Milan en 1844.

Lamperti, el mas reputado maestro de Italia, completó su educacion musical y perfeccionó sus instintos dramáticos.

Habia en aquel tiempo en Italia, escribe Mr. Fétis en la pequeña biografía que publicó hace años, una preocupacion contraria á las cantantes francesas que hacía dudar mucho del buen éxito en sus teatros; pero la proteccion de la familia Médici hizo que Mlle. Ana fuera contratada para cantar en Varese la ópera *Clara de Rosemberg* de Luis Ricci.

El éxito que obtuvo en ella fué el mas brillante que pudo apetecer. El público la hizo repetir su cavatina, y la llamó doce veces á la escena durante la representacion.

Esto ocurría en 1845.

Al año siguiente cantó en Plasencia, la patria de Gregorio X, de Salicet y de Ferrante Pallavicino. Los aplausos que tributó esta capital á la artista justificaban el triunfo de Varese. La fama comenzaba á levantar su nombre, llevándolo de uno á otro confin de Europa.

Y al espirar esta temporada recibió cartas del empresario del gran teatro de Pavía, rogándole que pasára á él.

¡Pavía, ciudad para nosotros de imperecede-

ra memoria! donde Francisco I de Francia perdió la famosa batalla, y ante cuyos muros cayó prisionero de los españoles!

• • • • •  
 Ana guardaba en su corazon los recuerdos mas gratos de Milan, distante de aquella ciudad cinco leguas solamente, y no vaciló en aceptar aquella proposicion sobre la cual se le instaba.

¡Cuán agena de los dias amargos que habian de nublar sus alegrías por las legítimas ovaciones que aquel público le dispensára!....

Corrió la noticia de la llegada á aquella ciudad de Mlle. Ana de La-Grange.

Anuncióse su debut con la ópera *Chiara de Rosemberg*, del maestro Ricci.

Y llegó la noche.

Un público ilustrado, inteligente, inmenso, llenaba el grandioso coliseo. Sus localidades preferentes habian sido tomadas con muchos dias de anticipacion.

Reinaba agitacion, sin embargo, en la mayor parte de los espectadores. Era la causa el deseo de conocer aquella jóven, cuyas dotes de voz, talento, figura y elegancia tanto se encomiaban, y tantos aplausos y envidiables triunfos habian conquistado en tan corto tiempo; y el temor de que, siendo merecidos, eclipsasen á otra jóven cantante, ajustada desde mucho antes en el mismo teatro,

y que disponia del favor y simpatias de gran parte de aquel público, y especialmente del círculo aristócrata, del que parecia ser centro de iniciativa y de accion un noble Veneciano rico, elegante y calavera. Sobre este hijo de la república y aquella cantante corrian murmuraciones.

Comenzó la ópera: se presentó Mlle. Ana, y su primer canto fué escuchado con un silencio imponente, profundo; mas al finar el acto, ya los espectadores de buena fé, ese público neutral que se limita á ser juez severo, y aprobar ó desaprobado segun su conciencia, rompió en un aplauso espontáneo, nutrido, dilatado. Los partidarios de la cantante primera se intimidaron, aunque no aplaudieron. Pero siguió la obra, y creciendo en figura la gran artista debutante, los bravos redoblaron, el entusiasmo aumentó, se hizo contagioso, de todos los ángulos se oian palmadas, de todos los palcos se arrojaban flores á la escena, y ya no fué posible, so pena de aparecer como ignorantes ó parciales, sostener la ridícula competencia.

La gloria del arte ceñía las sienes de Ana con su inmortal corona.

La rival se desesperó: la mas miserable de las pasiones humanas, la mas ruin y bastarda de todas, esa pena disfrazada en vicio, la envidia, llegó entonces hasta su corazon, rastrera y silen-



ciosa como una maléfica y venenosa serpiente; la envolvió en su hálito; la adormeció para el estímulo y el estudio, y la inspiró como á Eva un pecado, el de la venganza. Pero Eva fué mas grande: la causa en ella era mas alta. Es verdad que Eva perdió á la humanidad, y aquella solo perdió su honra.

Ana de La-Grange debia cantar noches despues *il Nabucco*.

Y para esta ópera fué concertada la venganza de la tiple, tan soberbia como providencialmente humillada. El Adán de esta Eva era el noble jóven veneciano.

El cuerpo del delito un *bouquet*.

La La-Grange, habia presumido la existencia de algunas víboras que germinaban en derredor de su planta; pero ignoraba la inminencia del peligro con la proximidad del venenoso aspid.

Salió al palco escénico y el público la saludó con un aplauso: despues, quizá no cantó una pieza sin dejar de obtener iguales demostraciones.

Un momento antes de la cavatina, se presentó entre bastidores un criado que dejó en manos de Mlle. La-Grange y en nombre del público, un magnífico ramo de flores para que lo sacase á la escena. Ana dió las gracias á pesar del extraño conducto por donde recibia el obsequio; pero era grande para sacarlo prendido en la cintura, y lo

entregó á la muger que la vestía.

Terminado el acto, y despues de haber salido á la escena repetidas veces á la insistencia de los bravos y palmadas de los espectadores, Ana se dirigió á su cuarto. Pero ¿cuál no seria su sorpresa al encontrar en él, revolcándose sobre la alfombra, desemblantada, trémula, casi espirante á la pobre sirviente, cerca de la cual estaba el ramo de flores?

La La-Grange salió gritando.

Acudieron los cantantes, vino el empresario, fué llamado inmediatamente el doctor de la compañía, y éste, despues del oportuno reconocimiento, aseguró estar aquella muger envenenada, como asimismo las flores.

Este hecho no pudo quedar como otros de telon adentro. El público se indignó. Y mientras á favor de la oscuridad de aquella noche huian de Pavía los criminales, Ana de La-Grange era escoltada triunfal y solemnemente por toda la oficialidad de la guarnicion, los estudiantes de la Universidad y un gentío inmenso que acompañaba con achas encendidas, desde la plaza donde aun existen las ruinas del palacio de Beatrice di Tenda hasta la casa donde moraba la artista.

Aun vive, aunque enferma, la pobre muger envenenada.

## VI.

Pasó en 1846 á Bolonia, en cuyo teatro de *Comunale* debutó con *Linda de Chamounix*, que obtuvo el éxito mas brillante; cantando despues *Elixir de Amore*, *I Lombardi* y *Semiramide*, en cuya ópera llamó el público á la escena tres veces á Mlle. de La-Grange y á Rossini.

Antes de abandonar esta ciudad, cuna del Guido y del Dominiquino, cantó Ana por la primera vez el *Stabat Mater* de Rossini en el palacio de la princesa Ercolani, en compañía del tenor Iwanoff y Zucini, el mejor bajo italiano de aquella época, y ocupando el piano el autor.

Desde entonces Rossini manifestó el mas vivo interés por la jóven cantante, y la dió consejos é instrucciones sobre los principales papeles de sus óperas.

Desde entonces Mlle. de La-Grange ha recorrido como por una senda de flores, admirada y aplaudida siempre, los teatros de Módena, Venecia, Roma, Pádua, Turin, Trieste, donde hizo furor en *Hernani*, *Sonámbula*, y *el Barbero de Sevilla*, y el de Milan, al que volvió causando una sensacion profunda en *Norma*, hasta 1848 que fué contratada en Viena para cantar en el teatro de la ópera italiana, cuyas puertas cerró la revolucion de Austria.

Mlle. Ana acababa de tomar estado con un caballero ruso, Mr. Stankowich; y aunque por éste y en atencion á los sucesos políticos, se hubiera retirado la artista, pasó al teatro Aleman, donde Máyerbeer deseaba oirla.

El inmortal maestro la felicitó.

El público la mostró su entusiasmo con multitud de coronas.

Ana debia allí de eternizar su justo renombre.

Pero los acontecimientos de la revolucion se complicaron, haciéndose mas grave de dia en dia, y la señora de La-Grange partió con su esposo, y en compañía de su madre, de cuyo lado no se habia separado nunca, con direccion á París.

Cantó en el teatro de la Ópera la temporada del 49 al 50, con gran trabajo, porque su salud se hallaba quebrantada; y se retiró seis meses á la campiña de París, hasta que á fines de este último año dió á luz á su hija, casada hoy con el príncipe Alexandro Ghika.

Aprovechando este descanso de la célebre artista, Mayerbeer, fué á visitarla con el fin de ponerse de acuerdo para el estreno de su obra *El Profeta* en Viena. Este se verificó en 1854. El mismo Mayerbeer dirigió la ópera tres veces. El mundo sabe cual fué su éxito.

La señora de La-Grange fué llamada de todos los puntos de Alemania, reclamada por el tea-

tro italiano de París, y ajustada por una suma fabulosa en Petersburgo, donde estuvo hasta 1856.

Ha pasado despues tres años en los Estados-Unidos y dos en el Brasil.

A mediados del 61 cantó en Milan, *Norma* y *Lucrecia*, donde fué obsequiada con una magnífica serenata por la banda de Garibaldi.

En el mismo año volvió á París, siendo aplaudida con delirio en las dos citadas óperas y en *Lucia*, *Rigoletto*, *Hernani*, *Trovador*, *Traviata*, *Roberto*, *d'Evereux* y *D. Juan*.

En el siguiente, (1862), debutó en el teatro Real de Madrid con *La fuerza del sino*, que dirigió el mismo Verdi; y cantó tambien *Maria di Rohan*, *Sonámbula*, *Barbero de Sevilla*, *D. Pasquale*, *Los Hugonotes*, *El Profeta la Fede*, *Marta*, *La favorita*, *Linda* y *Los Puritanos*, produciendo siempre la misma atmósfera de admiracion y entusiasmo con su maestría, su voz privilegiada, su método delicado, su gran figura dramática, sus maneras escogidas y su natural elegancia.

En este año la eminente actriz lloró la pérdida de su esposo.

## VII.

Dice Mr. Fétis, en la *Biographie Universelle des musiciens*, hablando de Madama Ana de La-

Grange, que cantando en el teatro *Colon* de Buenos-Aires, (1852) fué objeto de una de esas demostraciones de triunfo que no pueden olvidarse porque forman época. En *Norma* llegó á tal extremo el entusiasmo del público que la oficialidad superior de los buques de guerra ingleses surtos en el puerto, y presentes al espectáculo, quitaron los caballos del carruaje que la conducia á su casa, arrastrándolo ellos mismos (olvidándose estos caballeros de pertenecer á lo mas florido de la aristocracia británica, pues uno de ellos era de estirpe real) seguida siempre por todo un pueblo que no cesaba de victorearla.

Al trazar este episodio no quiero dejar de consignar aquí otros que son á mi juicio como las flores de mas valía que esmaltan la inmarcesible corona de su gloriosa carrera de artista.

No hace muchos meses, hablando Tamberlik con un literato, amigo mio, á quien quiero como á un hermano, de esta celebridad europea, le dijo:

- —Ana de La-Grange es la Pitonisa del teatro, y el pañuelo de los que lloran. No he oido mayores aplausos que los tributados á esa cantante, ni sé de corazon mas hermoso en otra muger. ¿Conoceis á esa jóven que la ha acompañado hasta hace poco, y á quien acaba de casar ventajosamente? Pues no es ni su hija ni su parienta. Voy

á contaros la historia de esa niña, bella, modesta y de una educacion tan esmerada como puede tener la doncella mas aristócrata. Cantaba la La-Grange en Nueva-York en 1856. Habia en la compañía un tenor, cuya muger, observaba Ana siempre triste, pálida, con esa azulada ojera, huella infalible de un pesar eterno y de un continuo lloro.

—¿Qué teneis? la preguntó un dia, con el cariño que inspira siempre en los corazones buenos la agena desgracia.—¿Por qué llorais?

—¡Por mi hijal! exclamó aquella, suspirando.

—¿La habeis perdido?

—No, señora.

—¿Está enferma?

—Lo está su padre!....

—¡Pobre muger! Y es tan grave su enfermedad que así os desespera?

—Los médicos han dicho que morirá pronto. ¡Ay señora, qué desgracia tan grandel!.... ¿Qué será entonces de mi niña? ¿Qué va á ser de mi adorado ángel...?

Y en efecto: algunas noches despues, precisamente en la que se egecutaba un beneficio de Madama La-Grange, el marido de aquella desventurada murió en la escena.

La niña tendria siete años.

Madama La-Grange pidió á la viuda hacerse

cargo de la educacion de aquella y ampararla hasta asegurar su porvenir. Hoy vive en Nueva-York, amada de su esposo, rica, feliz, y siendo el rayo de sol de su anciana madre.

Cuando me disponia á escribir este rasgo biográfico, pregunté á los amantes de la música si recordaban haber leído en algunos periódicos datos sobre la vida de Madama Ana de La-Grange. Solo una biografia he podido consultar, la de que hago mencion en este trabajo. Y como era aquella incompleta é inexacta, segun anota oportunamente el Sr. F. Lloyd Thomas, necesité recurrir á la amabilidad de la artista, ya para recabar de su modestia mas antecedentes, ya para rectificar los que me ofrecia Mr. Fétis. Hice mis apuntes, y al leer algunas cuartillas del manuscrito á un encanecido anciano en quien paréceme ver la figura venerable de mi amado padre, anciano que ha cruzado el mundo empujado por la desgracia, y que ha ilustrado esa misma adversidad de su destino, me refirió el siguiente cuadro, de que fué testigo.

Moría el invierno en brazos de la primavera de 1862. Ana de La-Grange cantaba del otro lado de Ruda, sobre la orilla izquierda del Danubio, en la poblacion mas rica, mas comercial é industriosa de Hungría: en Pesth.

Y era recientemente ocurrida la sublevacion



de Hungría contra el imperio de Austria. Los magiáres querían sostener los nobles fueros que les había concedido la gratitud de su *Rey Maria Teresa*. El emperador Francisco y el Czar Nicolás habían resucitado la santa alianza del Norte. Francia republicana se defendía del socialismo con la metralla de Cavaignac. Hungría sucumbió. Y los grandes esfuerzos de sus héroes y el talento de Kossut se estrellaron contra la traición infame de Georgey.

De aquí un cuartel de inválidos que sostenía á duras penas la municipalidad, y que entristecía los ánimos de sus habitantes. De aquí lutos que aun no habían acabado: lágrimas de horfandad, las más amargas de la vida, y que probablemente solo con el fin de ésta tendrían término; porque había muchas mugeres viudas, muchos niños sin padres, y muchísima miseria.

Ana de La-Grange se afectó profundamente al contemplar este cuadro sombrío de la infortunada sociedad de Pesth. Su teatro Imperial, aislado en el centro de unos jardines estensos y magníficos, es un edificio grandioso de una cavidad extraordinaria.

Y la artista, al pisar por primera vez el pavimento de aquel templo del arte, pensó en la beneficencia antes que en la gloria.

Ensayó una ópera nueva, húngara, *Hu-*

*niadi.* Y la anunció para dar todo su producto á las familias necesitadas.

Triunfo mas grande no lo ha tenido artista.

El coliseo estaba henchido de almas: todo el mundo de negro, de rigoroso luto.

Cuando los aplausos frenéticos de aquel escogido concurso, expresion fiel del entusiasmo que en él habia sabido inspirar la artista y el agradecimiento de sus corazones, la llamaron á la escena, Ana de La-Grange salió con las lágrimas en los ojos.

Entonces de todos los ángulos del teatro salieron coronas que fueron á servir de alfombra á aquella muger, toda sentimiento, toda ternura y caridad.

Pero ¡ay! qué coronas tan extrañas!

¡Como tegidas por viudas y huérfancs!

Como esas que el amor y el llanto dejan el dia de difuntos sobre el mármol frio que cubren las cenizas de los séres amados que perdimos.

Eran coronas de siempre-vivas.

Terminado el espectáculo, al salir Ana de La-Grange del coliseo, encontró al público que la esperaba, rodeando en anchuroso anfiteatro un número inmenso de niños que se abrian en su centro para dejarla paso, dándola vivas y colmándola de bendiciones.

La clase acomodada la dió despues un espléndido banquete,

Es seguro que no olvida la ciudad este hecho memorable: así como vive en ella el afecto filial de aquellos niños inocentes.

### VIII.

Concluida la temporada de Madrid, (1862) regresó á Paris, donde cantó algunas óperas en el teatro Italiano.

Habia estado antes en Lóndres con el célebre Lablache, y cantado en el teatro *Her Majesty* las óperas *Othello* y *Puritanos*.

Y en uno y otro teatro alcanzó los triunfos mas completos.

Desde el dicho año 62, Mme. Ana de La-Grange ha venido siendo ajustada un invierno en Madrid y otro en Paris; pasando los veranos en Barcelona, Valencia, Alicante, Valladolid y Cádiz.

En todos esos puntos, la artista ha recogido laureles y ha dejado un renombre hermoso, un recuerdo lúcido de sus brillantes dotes.

Cuantos honores y obsequios puede recibir un artista han colmado la ambicion de Ana de La-Grange, aunque esta ambicion llegara á sus últimos límites.

El Czar de Rusia le regaló un alfiler de pecho de brillantes y esmeraldas, cuyo valor ascendia á 50,000 francos. Nuestra Reina le ha enviado por

dos veces magníficas espiochas de perlas y brillantes. Las ciudades de Nueva-York y Boston le hicieron el rico presente de una corona cincelada de oro que ostenta en el papel de la Druida Norma y un águila de brillantes y pérlas de imponderable trabajo. Buenos-Aires le destinó para el papel de Lucrecia una corona de esmeraldas y brillantes, significándole con dos medallas de oro la pública gratitud por dos beneficios en favor de objetos piadosos.

El Congreso de diputados españoles en 1862 premió con un brazaletes de brillantes y perlas la complacencia de esta privilegiada artista en prestarse á cantar en las exéquias de nuestro inolvidable repúblico y hombre de letras, Martínez de la Rosa.

El Conservatorio de Madrid ha erigido un busto de Ana, obra de los inspirados cinceles de Piquer. Cesena ha colocado sobre un pedestal el busto de Ana en la fachada de su coliseo. Boston ha designado con su nombre una de sus hermosas y nuevas calles. Ascloi conserva su busto en uno de los salones de su bello teatro.

Apenas hay sociedad filarmónica en Europa y América que no la cuente en el número de sus individuos de mérito, de sus profesores de canto ó de sus correspondientes artísticos.

Diferentes biografías de la singular artista

aparecen en Gacetas musicales, Revistas literarias y periódicos políticos; pero ninguna ofrece mas que cuadros aislados de una existencia que importa conocer en toda su brillante síntesis.

Pocas biografías, como antes dije, merecen este nombre, tratándose de una muger del género de la grande artista.

Podrán dedicarse á trazar el panorama de su vida de muger célebre por su génio y eminentes cualidades plumas mejor cortadas que la humilde mia; pero de seguro se consagrarán pocos á esta noble tarea con mayor sinceridad, menos acceso á la lisonja y mayor entusiasmo por lo bueno y por lo bello: pólos en que ha girado este ástro del arte que hoy aplaude Sevilla y yo saludo con el alborozo de quien pagando tributo á la inspiracion y al trabajo, puede repetir aquella memoranda frase: «*anch'io son pittore*».

















